

GLOSA DE LA VIDA Y ACTIVIDADES ACADEMICAS

Prof. VALENTIN MATILLA GOMEZ

(Secretario perpetuo de la Real Academia Nacional de Medicina. — Madrid)

Excmo. Sr. Presidente,
Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

Dejemos constancia en primer término de una adhesión cordial e íntima a este sentimiento de gozo y satisfacción que los ilustres miembros integrantes de esta benemérita Real Academia de Medicina de Barcelona (ubicada en este maravilloso Barrio Románico) sienten y disfrutan al conmemorar la fecha bicentenaria de su fundación, por lo que tiene de recuerdo y rememoración obligada de un haber y pasado gloriosos y como meta conseguida merced al esfuerzo de los prestigiosos varones que dejaron aquí perenne huella de su brillante obra. (La Nacional celebró su bicentenario también, hace treinta y seis años; de 13 de septiembre de 1734 data la Cédula de su fundación por el Rey Felipe V).

Por otra parte, destaquemos las conquistas logradas al presente, en esa continuidad académica que pesa sobre los hercúleos hombros de esta pléyade de científicos que ahora forman en los

cuadros de esta Corporación barcelonesa y, sobre todo, su animada y tensa decisión —pletórica de pruebas bien patentes— para, incluso superar la tarea hasta ahora tan bien lograda, al entender que heredan el ímpetu permanente e imperecedero de un quehacer nobilísimo al servicio de elevados ideales científicos, que nos hacen recordar la sentencia del Rey David en el Salmo XLV: “Quia in eternum non commovitur” (lo que es eterno no se conmueve).

Plácemes y felicitación muy sentidas y la seguridad de un sentimiento de adhesión personal (de tan ínfimo valor por ser mía) y también en representación —que tanto me honra— de nuestra Real Academia Nacional y de la Mesa del Instituto de España, que por mi boca os transmiten con gozo y orgullo.

En fin, y aunque pueda parecer pretensión osada por mi parte, deseo —dando rienda suelta a sentimientos muy íntimos y sinceros— que os recuerde también en esta ocasión, la emoción y complacencia que toda visita

a esta Cataluña y Barcelona industrial y ejemplar (cuna de tantos varones preeminentes en cualesquiera campo de la actividad humana) produce en el ánimo de quien procede de la capital española y reside en el centro geográfico de esta bendita piel de toro hispana, de quien nació y creció en la Castilla milenaria, la “de las pardas y onduladas cuevas, la de los mares de aceradas mieses, la de las tristes lontananzas muertas”, con la admiración por vuestras virtudes y ánimo esforzado por vuestro ininterrumpido progreso y, en nuestro concreto caso, por vuestra Ciencia médica depurada y prestigiosa.

Me place también, expresaros mi más vivo reconocimiento por vuestra gentilísima invitación, no sólo para asistir, sino para participar personalmente en estos magníficos y evocadores actos conmemorativos; estimo vuestro generoso rasgo e invitación, como manifestación de un sentimiento de amistad personal indulgente y sincera, al que correspondo con toda cordialidad (que viene de “corazón”) recordando con Ovidio: ¡Qué santo y venerable nombre el de la amistad!

Permitidme llegado a este punto, que os manifieste mi temor de no poder corresponder cabalmente con mi disertación, a vuestro deseo de que este acto alcance la altura y nivel que os prometisteis. Menos mal que los ilustres Académicos que me han precedido, lo han hecho con la máxima dignidad, calidad y galanura.

* * *

Mi disertación versará esta tarde sobre un tema que prácticamente me fue dado por amable indicación (para mí, agradable orden o mandato) y que también agradezco vivamente, porque me libró de las dudas y perplejidades que siempre acarrea la voluntaria elección del tema.

Me propongo en esta mi modesta intervención, glosar, comentar cumplidamente, el desarrollo de la vida y actividades académicas, con referencia preferente —como es de suponer y hasta obligado en esta ocasión— de las que incumben y se realizan por nuestras Academias de Medicina, la Nacional y las de Distrito, entre las que descuelga ésta de Barcelona. En torno a aquella (como hermana mayor y mentora obligada), realizan una interesante labor y cumplen unas misiones ciertamente trascendentes, seguramente perfeccionables y ampliables, como ha acontecido a lo largo de la dilatada vida y experiencia.

En principio, convengamos que tanto por esa labor de elevada raigambre e interés científicos, por su independencia en el obrar y por la propia elevación y alcurnia (derivadas de la calidad de sus miembros, cuidadosamente seleccionados), en el consenso común de las gentes y de los más depurados estamentos científicos, gozan de un prestigio y respeto ampliamente mayoritario y prácticamente unánime. Raramente se discute, critica o infravalora, alguno de esos actos en que puede suponerse por los escasamente informados o por los supuestos defraudados, que la imparcialidad o al-

teza de miras no ha presidido radicalmente determinada decisión.

Incluso puede llegar a pensarse por alguien, que su misión y aun persistencia parezcan injustificadas.

Frente a esta aventurada versión, señalemos que las Academias en general y más concretamente las de Medicina, cubren un campo y llenan un hueco que no puede cumplirse por otras respetables Organizaciones médicas. Las Academias no son Escuelas o Facultades de Medicina, ni son tampoco Organizaciones profesionales, porque, por una parte, no tienen la específica misión docente de instrucción de los futuros médicos, ni son tampoco colectividades gregarias profesionales, con finalidad primordial de velar por una auténtica y legítima actividad profesional de los que las integran y de defensa de sus intereses en el ámbito o campo de su quehacer profesional.

Las Academias de Medicina no son agrupaciones colegiales meramente, en orden a su integración siquiera, porque al constituirse por profesionales preferentemente médicos, no excluyen —ni podía ser de otra manera— a aquellos otros que se han distinguido en el cultivo de las llamadas Ciencias afines, al margen, en cierto modo, del orden y campo estrictamente sanitario. En sus cuadros, al lado de los Médicos, figuran Farmacéuticos y Veterinarios, Biólogos y Físicos, Bioquímicos e Ingenieros, Arquitectos, Sociólogos, etc.

Sus miembros son seleccionados o elegidos de entre los más ilustres y

prestigiosos que figuran en la profesión, rama o especialidad de referencia; lo son en número muy limitado y en todos ellos se acredita, de antemano, una calidad científica y profesional descolante en el ámbito o territorialidad atribuida a la Academia y una experiencia sobradamente acreditada (“*Ars longa, vita brevis*” de los aforismos hipocráticos).

A estas Corporaciones incumben o se les asignan unas misiones u objetivos muy distintos a los de aquellas otras Organizaciones docentes y profesionales, y su vida y actividades se desenvuelven y caracterizan bajo un marchamo de serenidad y ponderación (perfectamente comprensibles merced a su independencia) y de objetividad y altura de miras en cuanto a opiniones, informes y asesoramiento, que las hace en cierto modo singulares.

Como veremos ulteriormente, dada la índole de sus tareas y la trascendencia de sus fines y objetivos, la existencia y realidad de las Corporaciones académicas no sólo es justificada, sino que su colaboración en el campo del progreso científico de la Medicina patria y universal, ha de considerarse como altamente conveniente e indispensable, aserto no ya gratuito o aventurado, sino altamente justificado por la experiencia acumulada a través de tantos años y aun siglos de provechosa actuación y vigencia.

El ser consideradas como verdaderos “Senados” por la calidad y altura de sus equipos integrantes, no lo es en desdoro o demérito de otras Cor-

poraciones, que cumplen unos fines también altamente loables, pero en realidad muy distintos. También éstas descuellan por su calidad y positivo prestigio.

Al fin y al cabo, los Académicos no son sino profesionales médicos o de Ciencias próximas y complementarias a menudo, que adquirieron su preparación básica en las Facultades universitarias y conservarán de por vida la huella indeleble que dejó el feliz impacto de la Universidad, desenvolviéndose bajo el signo común del ansiado perfeccionamiento, siempre posible y obligado en el campo de la Cultura y de la Ciencia que específicamente cultivan.

En cierto modo, las Academias que se nutren de esos universitarios cualificados, tienen un quehacer en cierto modo complementario del de aquellos Centros, colaborando en las tareas de enriquecimiento de la Ciencia y facilitando a los que están en vías de alcanzar esa máxima calidad científica y profesional, medios, estímulos y posibilidades.

Si de antemano y felizmente conserva indeleble y fresca su vinculación al "Alma mater" universitaria, el que ha alcanzado un sillón académico se siente permanentemente aguijonado por un más acuciante deber de servir a esos ideales de la Ciencia y de la Medicina y de colaborar apasionadamente a la exaltación de sus principios y conocimientos específicamente médicos, de trascendencia incomparable al servicio de la Humanidad y de la Salud.

El Académico, más que ningún otro,

comprende y sabe que su deber y su afán deben ser insobornables en el estudio y en la permanente tarea, porque conoce por propia experiencia y convencimiento, que apenas —por perseverante que sea su esfuerzo— alcanzará a través de muchos años a escarbar siquiera levemente en el terreno científico, roturado por el trabajo de tantos otros iluminados que le precedieron o que sobreviven al presente. Hans Schäffer calculó una vez, que un cultivador afanoso de la Medicina Interna debiera leer 60 u 80 horas diarias si quería estar al corriente de lo fundamental. Recordad también las postreras palabras de Goethe agonizando: ¡Mehr licht!

* * *

Pormenorizemos ahora, siquiera sea sucintamente en gracia a la brevedad o limitación impuesta a mi intervención, las misiones que tienen a su cargo nuestras Academias de Medicina. Me propongo hacerlo con la brevedad que os acabo de prometer, aunque sé muy bien que, como decía Pascal, "hablar corto es más difícil que hablar largo" y Mme. Sevigné expresaba en epístola familiar conocida: "te escribo largo porque no tengo tiempo para escribirte corto".

Precisamente en esta grata ocasión y ante la docta asamblea que me escucha, sería pueril detallar demasiado sobre tema sobradamente conocido y vivido por un gran número de los que tienen la paciencia de oírme, pero se me antoja que no estorba su recordación y comentario, ya que puede ser

útil para reavivar en nosotros conceptos que por sabidos y manoseados pierden vigencia e importancia en nuestra vida cotidiana, y también para despertar posibles preocupaciones e iniciativas, tanto en cuantía cuanto en la calidad de nuestro quehacer y propósitos corporativos.

Por prescripción estatutaria, las finalidades o cometidos académicos son comunes a todas nuestras Corporaciones, y simplemente en el campo de la Nacional, sus posibilidades se amplían en función de su propio carácter, mientras que en las de Distrito el radio de acción se restringe obligadamente al ámbito comarcal que le está asignado.

Como antecedente interesante, reproduzcamos en este lugar el "Plan de las ocupaciones en que deberá emplearse la Real Academia Médica de Madrid", fijado como preámbulo de los primeros Estatutos, por Real Cédula dada en Aranjuez a 23 de mayo de 1796.

Textualmente es así:

"El fin primario e idea general de la Real Academia Médica de Madrid, erigida en 13 de septiembre de 1734, y que mereció para siempre la Real y Soberana protección en virtud de Real Cédula de 15 de julio de 1738, es el adelantamiento de la Medicina en todas sus partes por medio de la experiencia y de la razón, y aprovecharse de las muchas y grandes utilidades que le proporcionan las Matemáticas, especialmente las mixtas, como la As-

tronomía, Mecánica, Hidráulica, la Física Experimental, Química, Botánica y demás ramos de la Historia Natural. Sus ocupaciones serán las siguientes:

1.º La Historia Natural y Médica, principalmente de España, que comprenderá la descripción Topográfica de los diferentes Lugares, su verdadera longitud y latitud determinadas astronómicamente; el examen de la naturaleza de los vientos que reinan con más frecuencia; las observaciones meteorológicas bien hechas; la naturaleza del terreno; sus varias producciones animales, vegetales y minerales que pueden servir de medicina o alimento; la cría económica del ganado vacuno, lanar, abejas, gusanos de seda; las epizootias o enfermedades que pueden padecer, con los medios de precaverlas y curarlas, e impedir su influjo en la producción de epidemias; las herborizaciones necesarias a la formación de las Floras provinciales metódicas, con la expresión de las virtudes y usos de los vegetales, así en la Medicina como en las Artes; el influjo que tiene la vegetación en la salubridad de los diversos climas, etc.; el examen metódico de los fósiles, como las minas, las tierras que sirven en alfarería, el carbón de piedra, las salinas, etc.; los análisis de las aguas potables y minerales del Reino, sin perjuicio de los trabajos que debe hacer el que particularmente está destinado por el Gobierno, procurando sacar del olvido y aban-

dono nuestros antiguos y famosos Baños, restableciendo su buena economía, edificios y habitaciones necesarias para la comodidad de los pacientes, que las más veces dejan de experimentar sus admirables efectos a causa de semejante descuido y abandono; el carácter y educación física de sus naturales, notando la influencia de la imaginación en la producción de muchas enfermedades propias de cada país; el cómputo de los nacidos de uno y otro sexo; los cálculos de la probabilidad de la duración de la vida en los diferentes climas de los vastos dominios de España; el modo de precaver la multitud de ciegos, impedidos y otros que por lo común sólo sirven de gravamen a la República, indicando el partido que en las Ciencias, Artes y Oficios puede sacar de todos ellos el Estado; y finalmente, así los cálculos necrológicos, como los de la población de España.

2.º La descripción de las enfermedades endémicas y propias de cada Pueblo o País, con su curación, y el modo de destruir en lo posible las causas particulares que las producen.

3.º Una relación exacta de las verdaderas enfermedades epidémicas que devastan las provincias, y no son tan comunes como vulgarmente se piensa, con una escrupulosa y diligente exploración de las causas que pueden haber contribui-

do a producirlas: proponiendo en su consecuencia los medios de impedir el contagio, así en los Pueblos que actualmente padezcan, como en los inmediatos: el método curativo, expresando con toda individualidad lo que aprovecha y daña, los descuidos involuntarios, y otros que haya habido: todo ello con el fin de exterminarlas o curarlas en lo venidero, cuando lleguen a presentarse con las mismas circunstancias.

4.º La educación de la Juventud Española que ha de dedicarse a la Medicina y Ciencias Naturales que la perfeccionan: proponiendo los defectos que se notan en esta materia: presentando los planes mejores arreglados al clima, costumbres, genio y carácter nacional: insinuando el debido uso que puede hacerse de los arbitrios y propios de los pueblos destinados a este efecto.

5.º La Bibliografía Médica, Quirúrgica, Farmacéutica y de Ciencias Naturales de España, comunicando los manuscritos e impresos: las noticias que pudieren adquirirse acerca del nacimiento, vida, literatura y demás prendas de los Autores: las diversas ediciones de sus obras, y cuales son mejores; cuidando asimismo de la reimpresión de los escritos raros y más estimables, y de formar una historia exacta y razonable por orden de materias, precediendo una crítica de todo, y expresando los descubrimien-

tos que indubitavelmente son de nuestros Españoles, y se han apropiado los extraños sin hacerles ni aun el honor de citarlos.

6.º La nomenclatura o explicación de las voces técnicas Españolas, mejorando la que hasta ahora se ha ejecutado, defectuosa por la ignorancia de la Medicina y Ciencias Naturales propias del Instituto de la Academia.

7.º La censura de las obras Médicas y demás concernientes a las Ciencias que abraza la Academia; las traducciones de lenguas muertas y vivas; bien entendido que sólo deberán admitirse las que directamente se hicieren de las lenguas originales en que las escribieron sus Autores.

8.º La Medicina Forense, esto es, la decisión de los puntos difíciles e importantes pertenecientes a la legislación Médica y Física: por ejemplo, los nacimientos tardíos, infanticidios, envenenamientos, sofocados espontánea y violentamente: la muerte aparente o verdadera: las impotencias, notas de la virginidad, heridas o golpes mortales, demencias y otras cosas semejantes: asuntos todos de la mayor gravedad; cuyo conocimiento conviene no se encargue a sujetos particulares, que por lo común no suelen tener suficiente instrucción en ellos.

9.º La dirección de la fábrica y situación de los Hospitales civiles,

militares y de marina; los Lazaretos, Hospicios, Cuarteles, Cárceles, Mataderos, Cementerios, con el debido gobierno y economía Médico-Política, y de las instituciones parroquiales para el alivio y cuidado de los pobres enfermos de cada barrio o feligresía; y finalmente la dirección de las nuevas poblaciones, que muchas veces por no hacerse conforme a las sanas reglas de la Medicina y la Física, más sirven para destruir que propagar el género humano.

10.º La resolución de los problemas de la inoculación de las viruelas, del contagio de la tisis, de las enfermedades reputadas por incurables, etc., proponiendo anualmente por asunto de varios premios los puntos indecisos que puedan adelantar la Medicina y sus diferentes ramos.

11.º La Policía Médica para atajar los progresos, y aun extinguir las viruelas, mal venéreo, peste, etc.; el arreglo de las Botillerías y Cocinas, desterrando de todas ellas el uso del plomo, cobre, azofar, estaño falsificado con aquel, los malos vidriados, etc.

12.º El modo de destruir la Anarquía Médica, Quirúrgica y Farmacéutica, desterrando toda clase de charlatanes y curanderos, más perjudiciales que la misma peste.

13.º La averiguación de la falsificación de las drogas: el modo

de conseguirlas genuinas y no adulteradas; y conocer la infinidad de fraudes que emplea la malignidad con grave perjuicio de todo el género humano.

14.º El examen de los varios específicos, remedios nuevos; de los milagros, portentos, monstruosidades, y otros sucesos extraños; y finalmente de todo cuanto pueda tener, directa o indirectamente, relación con la Medicina y demás Ciencias auxiliares; procurando difundir por todos los vastos dominios españoles las luces relativas a la conservación de la salud pública, recogiendo los abusos que le son más contrarios, a fin de que haciéndolos presentes a S. M., se puedan cortar de raíz ocurriendo con el más pronto y oportuno remedio.”

No parece la presente ocasión propicia para ello ni disponemos de espacio para alargar desmesuradamente esta disertación, pero bien merece un detallado y sabroso comentario lo anteriormente transcrito, que prometemos hacer próximamente en publicación expresa.

Añadamos simplemente al respecto y sin olvidar las circunstancias del momento en que se dictaron, las misiones o fines atribuidos entonces a la primitiva Real Academia Médica de Madrid, que difícilmente se podría en los tiempos que corren, superar en concepción y amplitud, la serie de objetivos encomendados a las Academias de Medicina. Por el contrario, haga-

mos constar con extrañeza y disgusto que, por lo que se ve, a través del tiempo transcurrido, en el transcurso de dos siglos (antigüedad de algunas de ellas) han ido perdiendo nuestras Corporaciones una gran parte de sus objetivos, aunque se comprende y explica en gran parte tal mengua, por la obligada evolución —tan espectacular y radical— de la Medicina y la necesidad de sistematizar su estudio básico, el cultivo adecuado de las Especialidades (cada día más numerosas y atomizadas) y la irrupción de la Sanidad y sus singulares técnicas, con cometido tan específico y complejo.

Al presente, la fundamental y genérica misión encomendada a nuestras Academias es la del cultivo y fomento de la Ciencia médica, móvil perfectamente explicable por la naturaleza misma de estas Corporaciones.

Fomento o cultivo que no es sinónimo del quehacer instructivo encomendado a las Facultades universitarias, pero que puede entenderse como propósito permanente y acuciante de formar en la primera fila de entre los científicos que procuran el progreso de la Ciencia médica, justificable por la elevada categoría de sus miembros, escrupulosamente elegidos de entre los más selectos.

Esta finalidad la cumple, en primer lugar, con la contribución directa de los Académicos de todo orden y muy destacadamente de los numerarios y correspondientes, que a lo largo de cada Curso y en sus frecuentes y periódicas reuniones o sesiones de trabajo, dan cuenta de progresos y ha-

llazgos, de sus trabajos e investigaciones, para ser comentados y contrastados por los demás.

Comunicaciones, conferencias, cursos monográficos, etc., que después se plasmarán en los Órganos de publicidad de la Academia respectiva, dándose a la luz para conocimiento y difusión amplios.

Esta tarea o contribución habitual es, como consecuencia, una misión científica corporativa altamente estimable, puesto que se debe al esfuerzo permanente y tenso, de un conjunto de científicos que sienten perennemente el irrefrenable deseo de participar en la elaboración de la Ciencia, ininterrumpidamente en franca revisión y perfeccionamiento.

Sirve, además, de estímulo para todos los profesionales de la región y del país y de guía inestimable con que orienten sus afanes de propia superación, acuciados por un noble sentimiento de emulación y ejemplaridad.

* * *

Asimismo, las Academias procuran el fomento y progreso de la investigación médica a partir de las que habitualmente realizan sus propios miembros, dirigentes e inspiradores de unos equipos universitarios, hospitalarios, o al frente de diversos Centros, donde el empeño en la investigación médica es primordialmente sentido.

En nuestro país, donde los Centros de investigación son todavía demasiado limitados y escasos y sin notoria experiencia en el campo de la investigación de desarrollo, las Academias sien-

ten íntimamente la necesidad y obligación de contribuir a ese interesante cometido, específicamente en el campo de la labor investigadora médica y biológica, y su participación y aportaciones pueden resultar ventajosamente ejemplares y promovedoras.

Partiendo, primariamente, el estímulo de la Universidad, comprendemos que en relación con ella y con otros Centros debidamente dotados y dispuestos, desde las Academias pueden crearse técnicas, y desarrollarlas, favoreciendo la asimilación de las mismas en los demás; en definitiva, triple objetivo o etapas sucesivas —debidamente regladas y engarzadas— en el desarrollo de la investigación aplicativa principalmente.

No es este el momento o lugar adecuado para entrar en disquisiciones o comentarios sobre la rentabilidad y provecho objetivo de la investigación. En todo caso, han periclitado aquellos tiempos unamunianos en que los españoles nos sentíamos solidarios de aquella máxima “que investiguen ellos” y hoy comprendemos nuestra ineludible obligación al respecto. Bien a la vista están los resultados logrados en otros países e incluso, mucho más modestamente, en el nuestro, y así se comprende y explica la cuantía y costo de los fondos destinados a fomentar y desarrollar la función investigadora en diversas naciones. Recordemos a guisa de destacado ejemplo tan sólo, que U.S.A. dota con 22.109 millones de dólares el programa Apolo.

El “in-put” (gasto) y el “out-put” (rendimiento) no se pueden valorar

simple y sencillamente —como muy bien recalca Schwob, Delegado Nacional de la Association Nationale de la Recherche Technique—, sino que se precisa para establecer correctamente esa relación, utilizar tablas o matrices, tales como las introducidas por Leontief, de la Universidad de Harvard, o el más reciente método de Claude Metre.

El incremento de las tareas investigadoras es notorio en muchísimos países del mundo, donde se han creado Organismos promotores y coordinadores, tales como el ANVAR en Francia (Agencia Nacional de Valoración de la Investigación) y la Comisión Asesora de Investigación Científica y Técnica en nuestro país, aparte del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que ha ido organizando en la medida de sus limitadas posibilidades unos cuadros y Centros de investigación en las diferentes ramas del saber.

En el empeño apremiante de una planificación racional y eficiente de la investigación en Medicina, las Academias tienen un lugar destacado, y sus miembros, como tales, se preocupan de estas actividades, organizando los equipos correspondientes, planeando experimentos asequibles y prometedores, revisando y controlando los resultados obtenidos, redactando informes, hasta llegar al éxito posible y su aplicación. A la consecución de tan ambiciosos objetivos, la Academia contribuye por su carácter corporativo, procurando una adecuada coordinación y conociendo la génesis, desarrollo y resultados de la tarea investigadora em-

prendida y realizada bajo la dirección de sus miembros.

No olvidemos a la hora de nuestras preocupaciones por la investigación y su conveniente incremento en nuestro país, que en el campo de la Medicina encuentra y necesita constantes e importantes posibilidades y que, en el orden general, los países más ricos y poderosos son los que miman preferentemente a los investigadores empleando cuantiosísimos fondos en su protección, ejerciendo una irresistible atracción sobre los cerebros selectos de otras partes, dejando con ello, en gran modo, desmantelados los cuadros de investigadores en las naciones de origen, lacra que desgraciadamente se va extendiendo demasiado. En ese aspecto, nuestras lamentaciones están sobradamente justificadas.

Los Concursos periódicos, anuales, que las Academias procuran, constituyen también un medio indirecto de alumbrar recursos personales y capacidades apropiadas a la tarea investigadora, estimulando a los jóvenes valores intelectuales para emprender una ruta esperanzadora y a menudo positiva y fructífera.

* * *

Obligación de asesoramiento e informe que las Academias estatutariamente tienen y que puede considerarse muy vario, tanto en función de su propio carácter, como en relación con las autoridades y diferentes estamentos oficiales que lo precisan.

Esos informes se prestan a las Autoridades gubernativas y políticas de

todo rango (desde las Municipales, en relación con graves problemas médicos y sanitarios hasta el propio Gobierno y Ministerios), o bien son de carácter docente, judicial, etc.

A petición de ellas, se ven las Academias en la necesidad frecuente de emitir importantes y aun trascendentes informes y prestar asesoramientos decisivos sobre problemas relacionados con la salud de la colectividad nacional y con el desarrollo de la Medicina a nivel superior.

Son, en todo caso, informes que tienen carácter decisivo y dirimente, que implican una grave responsabilidad por la gran importancia de las cuestiones planteadas y de las consecuencias trascendentes que originan, muchas de ellas previamente estudiadas por tribunales u organismos con opinión divergente o contraria.

En la esfera forense son muy frecuentes los informes sobre problemas o asuntos que por su complicidad someten las altas Autoridades judiciales al juicio decisivo de la Academia, fiadas en su capacidad y experiencia, independencia y ponderación (cualidades bien acreditadas por sus ilustres miembros) que llevan además el respaldo corporativo, altamente valioso.

En los tiempos presentes, sobre todo, se evacúan a menudo, informes a petición de las autoridades de Trabajo, para encauzar administrativamente problemas y conflictos médicos que surgen en el ámbito laboral, como consecuencia de innovaciones técnicas o regímenes de actuación del trabajador, en que se acusan quizá circuns-

tancias de intervención peligrosa o dañina.

Esta importante función académica de asesoramiento, puede prestarse también de manera espontánea y sin que medie solicitud o requerimiento expreso y se produce cuando la Corporación atisba o conoce la presencia de una situación, problema o conflicto que incidiendo gravemente en la salud pública o de una colectividad determinada, comprende que tiene el deber de denunciar, dando la orientación y normas convenientes para neutralizar sus efectos o prevenir su aparición.

Opinamos todos que esta función asesora y de consejo resulta en la práctica ilimitada, y hasta el presente, sin embargo, en cierto modo restringida por diversas causas, que, en verdad, son ajenas a nuestros deseos y disposición corporativos. Es indudable, por contra, que nuestras Academias están dotadas de capacitación y posibilidades (por su alta alcurnia y preparación) para poder intervenir recta y ventajosamente, en una extensa gama de cuestiones que contactan e influyen sobre la humanidad en relación directa con su salud.

Es de lamentar, asimismo, que las Academias no tengan la debida representación en Organismos, Consejos, Comisiones, Jurados, etc., que actúan en la reglamentación o fiscalización de todo orden de problemas profesionales y científicos, en tribunales de selección del alto personal docente, hospitalario, etcétera, sino en condiciones precarias, que en la realidad resultan nulas e inexistentes. Es de lamentar tal si-

tuación, porque en caso contrario y gozando del predicamento necesario, los representantes académicos actuarían con el tono de ecuanimidad y calidad que tanto se precisan en esas circunstancias para asegurar un enjuiciamiento correcto y decidir un fallo justo y equitativo.

* * *

Las Academias realizan publicaciones de dos órdenes: unas periódicas, y otras de carácter extraordinario.

Por medio de sus Boletines y Anales, difunden las Comunicaciones y aportación científica de sus miembros y reflejan fielmente el contenido de las sesiones científicas (que discurren a lo largo de cada Curso) y de las Conferencias extraordinarias a cargo de científicos médicos de todo el mundo. Por medio de sus publicaciones, sostienen un intercambio habitual y valioso con otras publicaciones nacionales y extranjeras, lo que constituye, además, un medio cómodo y práctico de incrementar el acervo bibliográfico propio y de nutrir la colección de Revistas de nacionalidades importantes.

Por otra parte, y hasta donde es posible en el orden económico, se atiende a la publicación extraordinaria de Monografías premiadas, textos de interés especial, Discursos de ingreso, etc., y buen ejemplo de ello es la "Biblioteca Clásica" que edita la Nacional, dando a conocer en ediciones dignas, aquellos libros de nuestro Siglo de Oro principalmente, que merecen especial mención por diversos motivos y ser conocidas por las generaciones médicas

contemporáneas. Para no citar más que algunos especialmente destacados, dejemos constancia y a guisa de ejemplo, de los siguientes, hasta completar 17 volúmenes de gran interés:

"El Libro de la Peste", de Luis Mercado; "El uso de los anteojos", del Licenciado Benito Daza de Valdés; "Libro de régimen de salud, y de la esterilidad de los hombres y mujeres, y de las enfermedades de los niños, y otras cosas utilísimas", del doctor Luis de Lobera; "Obras de don Antonio de Gimbernat" (dos volúmenes); "Razón universal de los jarabes, según la inteligencia de Galeno", del que es autor Miguel Villanovano (Miguel Serveto); "Descripciones geográficas del estado moderno de las regiones en la Geografía de Claudio Ptolomeo Alejandrino", por Miguel Villanovano (Miguel Serveto); "Parábolas de meditación del maestro Arnaldo de Villanova"; "El sumario de la Medicina, con un tratado sobre las pestíferas bubas", por Francisco López de Villalobos; "Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua", por el doctor Juan Sorapán de Rieros; "Libro singular de Francisco Valles sobre aquellas cosas que fueron escritas «físicamente» en los libros sagrados o de la Sagrada Filosofía", etc.

Con ellos y con millares de volúmenes de todas las épocas, se dotan Bibliotecas importantes, en las que se atesoran ejemplares raros de incunables valiosos, al lado de una gran diversidad de obras de Medicina y Especialidades médicas, que se cuidan esmeradamente, como instrumento in-

comparable de información para el uso de académicos y científicos, en su afán de perfeccionamiento y en las tareas iniciales de la investigación.

En ella, se coleccionan, asimismo, tesis, discursos de ingreso y de apertura de Curso, etc., integrando un conjunto o fondo bibliográfico de calidad, tanto en el orden científico como en el literario.

Juntamente con la documentación que se conserva en los Archivos, tienen los estudiosos y buceadores de la Historia de la Medicina, material profuso e inigualable, como base de investigación y de interesantes publicaciones inéditas y altamente valiosas.

También en este campo de las publicaciones y como misión muy destacada, está la confección de la "Farmacopea Oficial Española", de la que en 1954 vio la luz su 9.^a edición. Tarea dificultosa y ardua resulta siempre la revisión y publicación de las sucesivas ediciones de este Código nacional farmacológico, que se ha podido superar merced a la elevada especialización de algunos ilustres académicos (notorias figuras de gran prestigio en la materia) y a su tesón y envidiable celo. La publicación de las Farmacopeas internacionales constituye circunstancia especial que ha de ser forzosamente considerada antes de proseguir en nuestra sede académica la confección de ediciones actuales y futuras de nuestro Código español. De todas formas, ahí queda como propósito y realización, una obra que ha cubierto y llena una necesidad de carácter nacional a través de los últimos decenios.

* * *

Las Academias de Medicina se han impuesto libremente la obligación de confeccionar también y publicar, la Geografía Médica de cada uno de los Distritos y de España en definitiva.

Empeño de gran interés que tiene antecedentes de orden privado, pero ciertamente significativos y valiosos, tales como la "Historia Natural y Médica del Principado de Asturias" que publicó Gaspar Casal en 1762 a la que hay que reconocer por lo menos el gran mérito de su prioridad y porque en ella se detallan y resumen sus originales observaciones y descripción correcta del "síndrome pelagroso", que ya había denunciado y señalado en 1735.

Por otra parte, el doctor don Faustino García Roel, Decano honorario de la Beneficencia provincial de Oviedo, al fallecer en 20 de diciembre de 1895, legó a la Academia Nacional de Medicina un capital en títulos de Renta interior, para instituir un Premio anual o "Legado Roel", con el accésit correspondiente, destinado a galardonar la mejor Memoria descriptiva de la geografía médica de alguna población o pueblo español de la región asturiana y de Madrid.

Estos estudios, ampliados a la totalidad de la Nación, son ciertamente interesantes para poder confeccionar un verdadero mapa original, donde se detallan las características de orden médico que distinguen a las diferentes regiones y comarcas españolas, lo que constituye, como se ve, propósito expreso de nuestras Corporaciones y en

cuyo cumplimiento se sienten empeñadas y seriamente comprometidas.

* * *

Está por hacer y también es encomienda de las Academias, la "Historia crítica y de la bibliografía de la Medicina patria", recogiendo y recopilando las aportaciones y ensayos parciales que sobre la materia existen, meritorios y útiles, pero fraccionarios y sin la debida organización y conjunción, sobre todo sin el acompañamiento de una adecuada labor crítica que permita a los estudiosos españoles del futuro, conocer las bases obligadas y en condiciones de extraer consecuencias, firmes y válidas, sobre el pretérito y evolución histórica de nuestra Medicina y de su rico contenido bibliográfico.

Empeño parejo en lo científico y en el aspecto patriótico también, que sirva de estímulo en el futuro y de provechoso aleccionamiento para no incurrir en los mismos errores de concepto e interpretación, sufridos a menudo por las generaciones pasadas.

Recurso y fundamento para lograr, de paso, la reivindicación de los que dieron gloria a la Medicina patria a través de los siglos, para ensalzar en su propio mérito las metas conseguidas en circunstancias mucho más precarias y difíciles que las actuales y para integrar un cuerpo de doctrina interesante y alentador.

En marcha está, asimismo, la elaboración del "Diccionario Tecnológico de la Medicina" en la Academia Nacional, donde existe una Comisión

caracterizada para trabajar en tan interesante cometido.

Creemos firmemente que debe de activarse y estimularse su funcionamiento —al presente un tanto anquilosado por dolorosas pérdidas sufridas en algunos de sus preclaros miembros— y por nuestra parte nos proponemos procurarlo por sentir el convencimiento de su utilidad y conveniencia. En esta tarea recabamos, como en todas las demás, la valiosa e inestimable aportación de nuestros ilustres compañeros de Distrito.

* * *

Como colofón obligado de lo que queda vertido en la farragosa exposición con que he abusado de vuestra atención y paciencia, puede destacarse que la presencia y papel de las Academias de Medicina, dentro y fuera de España, resultan altamente justificados y convenientes, llenando una necesidad específica que no puede ser cubierta por otros Organismos científicos o por otras Instituciones.

Sin embargo, confesemos que su vida no corre, en efectividad, a la par de su alcornia científica y social y de la categoría y entusiasmo de sus miembros, deseosos de colaborar fervientemente, con más activa eficacia, en el cumplimiento de las misiones señaladas y de otras claramente interesantes, que están pendientes de ser recogidas y desarrolladas y que, en principio, parecen, sin duda, de la incumbencia especial o peculiar de nuestras Corporaciones académicas.

Entre los obstáculos o dificultades que se oponen a ello, declaremos antes de terminar, que los apoyos económicos que reciben las Academias (factor máximamente indispensable) son notablemente escasos y por ello reiteramos desde aquí a los poderes públicos (dentro de las esferas estatal, provincial y municipal) la solicitud de una mayor atención y ayuda, en consideración a que nuestras Academias, en el campo de lo nacional y regional, tienen una calidad representativa muy elevada y contribuyen al desarrollo de la Ciencia de la salud en beneficio de todos, con una aportación indudablemente meritoria.

Agradecemos desde aquí, las ayu-

das y legados hechos por diferentes filántropos y mecenas (que comprenden sus obligaciones inalienables de orden social e interpretan rectamente el valor de sus caudales en función propulsora) que han contribuido valiosamente a hacer posible esas tareas científicas; estamos seguros de la eficacia de su ejemplo, para que cunda ampliamente en el ánimo de los que pueden, en ese terreno, colaborar en tan interesante labor de mecenazgo; entretanto, nuestras Academias, bajo la inspiración de ese divino soplo de la perpetuidad, continuarán actuando en aras de altísimos ideales científicos y humanitarios, inmarcesibles e infinitos.